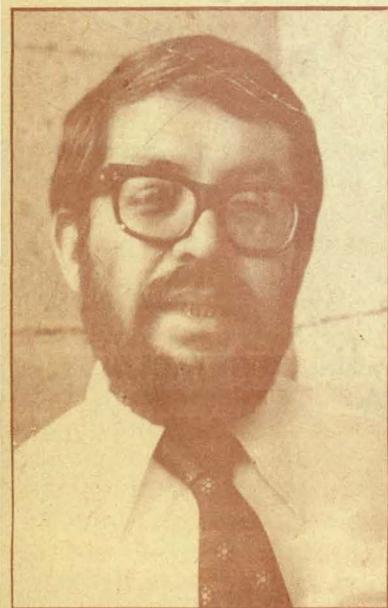


# Hipocresía, frente

# A Refugiados

Yucatán 10-1982

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Una de las peores acusaciones que puede lanzarse a gobierno alguno es la de ser hipócrita, es decir fingir virtudes de las que carece. Y si no se pone alto a los desmanes de las autoridades de migración en el sur de México, ese dictado va a adjudicarse a nuestro gobierno, lo que resultaría particularmente injusto por tratarse de un aspecto de la política exterior tan digna de reconocimiento y aplauso.

Nadie duda que el problema de los refugiados en Chiapas es complicado y grave. Nadie duda, tampoco, que no se le puede enfrentar mediante simplismos. Sus muchas facetas están erizadas de dificultades. Es posible, ciertamente, que los refugiados sean, o haya entre ellos, guerrilleros que mediante este subterfugio conviertan la tierra mexicana en

santuario donde se protegen de los soldados guatemaltecos que están en guerra contra su propio pueblo. También es posible que la sola presencia de los refugiados constituya un germen de desazón entre los pobladores chiapanecos. Y es cierto, sin duda, que su estancia entre nosotros genera problemas económicos, así sean paliados en cuanto a su manutención por los auxilios procedentes del Alto Comisionado de las "Naciones Unidas para los Refugiados.

Aún reconociendo que esas complicaciones se añaden a las que derivan de que esa frontera es particularmente riesgosa para el gobierno mexicano, porque en realidad se trata de una extensión de nuestro lindero norte, nada justifica la brutalidad con que grupos de refugiados guatemaltecos están siendo tratados por funcionarios mexicanos, particularmente agrupamientos policiacos y militares que patrullan aquella zona. Y cualquiera cosa que le ocurre a los jefes de esos funcionarios menores: que no sepan lo que pasa o que sabiéndolo sean incapaces de frenar los atropellos, sería gravísimo para el país.

El último bárbaro incidente en un campamento de refugiados ocurrió apenas la semana pasada, el miércoles 27, en que mil quinientos guatemaltecos acampados en un predio llamado Rancho Teja fueron dispersados con violencia por el delegado de Migración en Chiapas, César Morales Gordillo. Los guatemaltecos a los que habíamos acogido, se remontaron a la selva donde están tanto o más aterrorizados de lo que estaban en su tierra, situación que los impulsó a venir acá. Cuando aquí son maltratados de esa manera, ¿qué van a hacer? Ni modo de regresar a sus pueblos, porque bien se sabe que el ejército guatemalteco castiga con ferocidad, al extremo de la muerte, a quienes abandonan su lugar de residencia, porque los supone a todos guerrilleros.

Informes confiables provenientes de la zona indican que hay una sistemática política de hostigamiento a los refugiados. Sólo nos referiremos, enseguida a los más recientes, los ocurridos en octubre. El día primero, un grupo de mexicanos jóvenes, armados fuertemente y comandados por alguien a quien se identifica como el subjefe de la policía federal de seguridad, en el túnel de la presa Selegua, insultó y amagó durante largo rato a los refugiados que allí se encuentran, amenazándolos con la deportación.

La presencia de esta partida de bandoleros hizo pensar a algunas personas en la posibilidad de que sean un comando anticomunista el que esté entrenándose en esa región. No parecían policías profesionales, sino de esos jóvenes macabeos que sienten cumplir con un destino histórico cuando hacen tronar una cabeza. De ser verdad a esta conjetura, estaríamos en vísperas de un agravamiento de la situación de consecuencias incalculables, no sólo para la política de refugio, sino para la democracia en general. Tanto mayor sería el riesgo cuanto que estas bandas estarían, a lo que parece, apadrinadas por la Dirección Federal de Seguridad. Ya se ha comprobado, con anterioridad, que en sus oficinas despacharon o despachan conocidos líderes de grupos de

ultraderecha, por lo que la cercanía de intereses de aquella corporación policiaca y estos grupos es inequívoca. Todavía más abrumadoramente preocupante sería la situación de ser también verdad la actitud del próximo gobernador de Chiapas, el general Abasalón Castellanos Domínguez, a quien se atribuye haber dicho que la solución al problema de los refugiados es echarlos a todos, de manera que nadie aquí pueda seguir generando dificultades.

El cuatro de octubre, civiles llegados al campamento de Rancho Teja en un helicóptero, desde Comitán, amenazaron también a los refugiados con deportarlos. Son los mismos que resultaron víctimas la semana pasada. El director de la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados, Luis Ortiz Monasterio, que tan a pecho toma sus labores (como a su turno lo hizo su antecesor, don Gabino Fraga, renunciante justamente por la doblez de esta política), mostró con sus declaraciones a este propósito la terrible limitación que se le ha impuesto a su trabajo. Admitió que el jefe migratorio Morales Gordillo pudo haber dispersado a los residentes en Rancho Teja, pero aseguró que no los había deportado. Pero es que ni siquiera había derecho a dispersarlos, y menos del modo brutal en que la operación fue realizada.

Los amagos no son lo peor, por supuesto. Hay casos claros de complicidad de autoridades mexicanas con los represores guatemaltecos. Un caso es el de Francisco Juan Jiménez, que en representación de sus compañeros fue de Rancho Teja a el Jocote a realizar trámites migratorios. Quede claro que estaba en México, con estatuto de refugiado. Y sin embargo, días después del 6 de octubre en que salió del campamento, apareció preso en una cárcel de Guatemala, en el pueblo de Huhuetenango. En el multicitado Rancho Teja, el 12 de octubre aterrizaron sucesivamente dos helicópteros, uno con funcionarios guatemaltecos y otro con mexicanos, que conferenciaron amigablemente. Lo mismo ocurrió, en la propia fecha, en el campamento La Sombra.

En una espiral de atrocidades, diremos que tampoco las complicidades son lo peor. Ha habido casos de verdadera invasión del territorio mexicano por tropas guatemaltecas. Eso ocurrió, por ejemplo, el 14 de octubre a las 6:30 de la mañana. Es cierto que la tropa invasora disparó al aire, pero los habitantes del campamento de El Recuerdo que ahora lo será muy malo huyeron aterrorizados. Los soldados invasores penetraron hasta quince kilómetros en territorio mexicano, y capturaron a dos de sus compatriotas y a un ejidatario mexicano, al que probablemente tienen preso en Nentón. Cuando los compañeros de éste denunciaron su desaparición, se les recomendó que corrieran a los refugiados para impedir nuevos atropellos. Además, la tropa saqueó el campamento, robando la ayuda que la comisión mexicana había destinado a los residentes allí, y pernoctó en el lugar, dentro de territorio mexicano. El mismo día, en Rancho Teja otros guatemaltecos, que llegaron a bordo de cuatro vehículos, sin placa, recorrieron el campamento lista en mano, buscando a doce refugiados. Al día siguiente, en ese mismo lugar, soldados mexicanos fotografiaron bajo amenazas a todos los albergados allí el día 18, en el parque central de Comalapa varios agentes policiacos guatemaltecos hicieron ostentación de su presencia, como lo hacen habitualmente en otros puntos cercanos a la frontera pero dentro de territorio mexicano, donde circulan a bordo de sus propios vehículos.

Nueva incursión, el 23 de octubre. Esta vez, al campamento La Gloria. Eran unos 30 o 40 hombres, y aprehendieron a un refugiado, al que sin embargo dejaron en libertad al enterarse de que el ejército mexicano estaba en las cercanías.

Eso no puede continuar así. Es notorio que la situación en Guatemala tiende a ser más grave. Por consecuencia, es probable que se incremente la entrada de refugiados a nuestro país. Es probable, también, que al menos por esa previsión se estén poniendo en práctica los descritos mecanismos de disuasión, para que el problema no se embrolle al grado de hacerlo inmanejable. Lo cierto es, sin embargo, que nada autoriza a proceder del modo criminal como se está haciendo, y menos cuando se pone en riesgo la soberanía del país.

En buen hora, por consecuencia, que el Premio Nobel de Literatura Gabriel García Márquez haya pedido, "por favor" al gobierno de México que no cierre nunca sus puertas a quien le demanda protección, y en mejor hora que el Presidente electo haya anunciado la instauración de una política congruente hacia los refugiados. Todos la necesitamos.